



“¿Existe en España un peligro cierto de subversión? –creo que sí–. Hay un peligro revolucionario cierto, al que hay que hacer frente por dos flancos: uno, preparándose el Estado a defenderse materialmente, y otro, yendo de veras al fondo del problema social para remediarlo. No se puede ignorar ni falsificar este problema social, y ésas son las dos tendencias. De ignorancia y falsificación son las que se están viendo fuera del partido socialista...”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 339 (2ª Época). Diciembre 2020

EN ESTE NÚMERO:

1. **José María Alfaro; poeta.** José María García de Tuñón Aza
2. **Pues tenían razón...** Manuel Parra Celaya
3. **32 días de otoño.** Carlos León Roch
4. **La cara y la máscara.** José María Ramírez Asencio
5. **Mil veces ¡Fuera las manos de José Antonio!** José Julio Cuevas Muela
6. **Escuela desconcertada.** Juan Manuel de Prada
7. **Contra el Estado Español.** Sertorio
8. **Las Letras Silencidas.** Editorial Astigi
9. **A la muerte de José Antonio.** Ignacio Agustí

Fue uno de los letristas del Cara al Sol. Al él se deben estos versos: Volverá a reír la primavera / Y será la vida, vida nueva, aunque después Pedro Murlane tachaba el segundo que ya no iban a repetir y que sería sustituido por este otro: Que por cielo, tierra mar se espera, del propio Murlane. De nuevo serían de Alfaro: Arriba escuadras a vencer / Que en España empieza a amanecer. Fue también quien, en compañía de Rafael Sánchez Mazas y José María Cossío, visitaron en la cárcel al poeta Miguel Hernández, condenado a muerte, según nos cuenta el escritor Andrés Trapiello en su libro *Las armas y las letras*. Incluso acompañó a los ya citados Cossío y Sánchez Mazas a ver al ministro del Ejército, general Varela, para que no fusilaran al poeta de Orihuela.



José María Alfaro Polanco, poeta de vocación profunda, también abogado y diplomático, nació en la ciudad castellana, árida y fría de Burgos el 30 de agosto de 1906, a la que dedicó sus primeros versos: Burgos sabe que los sueños / son de ayer y de mañana / y que repicar a fiesta / es cantar a la esperanza. Estudió el bachiller en

Barcelona donde dice que pasó unos años inolvidables que le hicieron comprender más adelante el fenómeno catalán, incluso llegó a escribir en ese idioma y, sobre todo, el porqué de ciertos particularismos que venían a través de los siglos enriqueciendo la vida española. Viviendo en casa de uno de sus abuelos en Madrid, hizo la carrera de Derecho y en la universidad conoció a Miguel Primo de Rivera y posteriormente a José Antonio. Fue redactor literario del diario *El Sol*, que dirigía Manuel Aznar. Era la época en que los poetas se refugiaban en los cafés, y en uno de ellos llegó a conocer a García Lorca de quien obtuvo unos versos para una revista que Alfaro editaba en Burgos con el título *Parábola* y que fue una de las primeras que acogió lo que entonces se conocía como nueva literatura. Dice el mismo Alfaro que estos versos aparecieron después en el *Romancero Gitano*. Dirigió durante un tiempo el periódico falangista *FE* donde en la edición de enero de 1934 publica estos versos, que ya habían visto la luz en el diario *ABC*, mayo de 1931, reproducidos en el mismo periódico, diciembre de 1969, y que tituló *Pequeña oda a Burgos*:

De legiones tendidas hasta el Duero
arremeten las rocas las espadas.
Sin posible deriva, las aldeas,
ancladas en las márgenes del hierro,
se clavan entre rosas de corceles.
Un viento empuja todo, Dios espera.
Bajará el Norte al sur, nieves y rosas,
taladradas de lanzas y de soles...

Formó parte de la Junta Política de Falange ya que desde el primer momento estuvo al lado de José Antonio. En las elecciones de febrero de 1936 figuró en la candidatura de Falange, en la provincia de Toledo, junto con el propio José Antonio, Sánchez Mazas, Monthagel, Fernández-Cuesta, Mateo, Garrido y Reyes. Sería de los pocos falangistas que no fue detenido antes de la guerra.

Algunas informaciones dicen que el Alzamiento, es decir, la sacudida de la tragedia, le sorprendió en Madrid y que en el mes de agosto ingresó en prisión con nombre supuesto. Otras dicen que llegó a refugiarse en la embajada de Chile hasta que pudo incorporarse a las filas nacionales en el frente de Extremadura.

Cuando entraron las tropas nacionales en Madrid, Alfaro fue designado para ocupar la dirección del diario Arriba y en agosto de 1939 fue nombrado, por presión de algunos falangistas históricos, subsecretario de Prensa y Propaganda en el Ministerio de la Gobernación, siendo ministro Ramón Serrano Suñer, pero, según éste, el cargo le duró poco porque, en su opinión, no se habituaba a la tarea burocrática.

Al cesar en ese puesto, colaboró en las revistas Vértice y Escorial publicando en esta última, dirigida por Dionisio Ridruejo, varios poemas en el primer número, noviembre de 1940. Dos años más tarde, la revista sería dirigida por el propio Alfaro tras la partida de Ridruejo a Rusia con la División Azul.

Posteriormente fue nombrado vicepresidente de las Cortes y más tarde presidente de la Asociación de la Prensa que para él constituyó una de las mayores satisfacciones que ha tenido. En 1947 es designado encargado de negocios en Bogotá

y después, al elevar España y Colombia a Embajada sus respectivas Legaciones, fue promovido al rango de embajador del país hispano. Después lo sería en Argentina. Retorna a su patria al cabo de «dos décadas en América Latina (Colombia y Argentina)», escriben los hermanos Carbajosa en su libro *La corte literaria de José Antonio*, sin tener en cuenta lo que dice el filósofo argentino Alberto Buela: «La latinité es una invención francesa para justificar sus pretensiones de dominio sobre Méjico...». Tampoco tuvieron en cuenta, el discurso que pronunció en Burgos, con motivo del día de la Hispanidad, y que Alfaro cita el concepto de Nebrija en su *Gramática castellana* publicada, precisamente, el mismo año del Descubrimiento, y dedicada a Isabel la Católica. La Lengua es la compañera del Imperio es la máxima afortunada de Nebrija que éste acuñó en la dedicatoria prólogo a su ya citada *Gramática castellana*.

En 1986 formó parte del jurado que concedió el premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades a María Zambrano Ese día, los periódicos de Oviedo, donde tuvo lugar la votación, hablaron con José María Alfaro, pero ninguno de ellos hizo mención a su pasado falangista, ni mucho menos que había sido uno de los letristas del Cara al Sol Eran otros tiempos, habían pasado varios años, y nadie quiso recordar su pasado político no fuera a ser que muchos pudieran pensar que al jurado se le había colado un fascista.

Alfaro falleció el 9 de septiembre de 1994 en la localidad guipuzcoana de Fuenterrabía sin que la mayoría de los medios españoles recogieran la noticia. Era, al parecer, el estigma, el deshonor, la vergüenza por haber sido falangista

2

Pues tenían razón...

Manuel Parra Celaya

Como estamos observando, casi a diario, cuando un grupo o estamento de los muchos que forman parte del entramado de la sociedad creen perjudicados sus intereses legítimos, alían sus esfuerzos y sus lazos, se organizan y lo exponen a la luz pública, ya sea en exhibición por las calles y plazas, de forma airada o festiva, ya en manifiestos con las firmas al pie de sus integrantes y simpatizantes, dirigidos a los políticos, por si estos tienen a bien satisfacer sus cuitas o, por lo menos, plantearlas en las cámaras de debate.

Así lo hemos comprobado recientemente con las impresionantes caravanas de vehículos en muchas ciudades de España en contra del trágala de la Ley Celáa, o con la queja enfurecida del sector de la hostelería, a punto de quiebra y de cierre de persiana; o con los trabajadores de tal o cual empresa en trance de despido, que cortan



carreteras y queman neumáticos para llamar la atención de sus conciudadanos; o, incluso, de sindicatos de cuerpos de seguridad del Estado, que reivindican equidad con otros mejor retribuidos...

Si estos y otros sectores sociales tienen reclamaciones y propuestas, y se ven obligados a la publicidad para que se les escuche y atienda, ¿me quieren explicar para qué diantres sirven los partidos políticos que, según el artículo 6º del Título Preliminar de la Constitución aún vigente, son el instrumento fundamental para la participación política y manifiestan la voluntad popular? ¿No vienen a ser, en realidad, aparatos artificiales y artificiosos sobrepuestos a esa voluntad popular que desconocen y que se ve obligada a salir a la calle para que las instituciones del Estado les tomen en consideración?

Es evidente que estamos ante una de las preguntas del millón de la democracia y, depende de la respuesta que le demos, podemos estar en la línea de despreciarla sin más, por carecer de contenido o de proponer justificadamente una autenticación que supere el fingido formalismo del concepto en la actualidad.

La razón de fondo estriba en que una sociedad no está compuesta, sin más, por esos individuos, comunicados entre sí, que suelen responder cada cierto tiempo fijado al rito de depositar una papeleta en una urna para elegir a unos desconocidos que, teóricamente, los tienen que representar (si las cúpulas lo permiten); una sociedad está formada por las asociaciones de padres y madres de familia, por los sindicatos de cada empresa, por los trabajadores en ERTE, por los gremios de hosteleros, por los círculos culturales, por los clubes deportivos, por los colegios de doctores y licenciados, por los académicos, por las comunidades de agricultores o pescadores, por las agrupaciones de cuerpos de policía o las alianzas de profesionales del mundo del teatro...Y todos estos son los que tendrían que tener voz y voto, a través de sus verdaderos representantes, en las cámaras legislativas para plantear y debatir sus necesidades reales, sin que ello fuera obstáculo para que otros ciudadanos que lo

deseasen pudieran discutir sus ideas políticas, eso sí, sin ofrecer el lamentable espectáculo de cada día.

A esta línea de autenticación de la democracia podemos darle el nombre histórico de organicismo social, término medio justo entre el individualismo liberal y el colectivismo comunista, que ahora pone su énfasis -casi siempre trufado de demagogia- en el amparo de las minorías oprimidas, a la búsqueda insaciable de mayor número de votos para permanecer en el machito.

En esas propuestas de organicismo social han coincidido históricamente (cosa rara en España) sectores ideológicos tan dispares como aquellos ingenuos krausistas, tan vituperados, y los olvidados tradicionalistas, atentos siempre a resaltar la composición natural de la sociedad, socialistas de mente clara y dignos de esta definición como Fernando de los Ríos, republicanos tendentes a una III República como Salvador de Madariaga, y José Antonio Primo de Rivera, tan postergado o tergiversado.

Fuera de nuestras fronteras, no han sido pocos los que aspiraban a esta autenticación democrática, por ejemplo aquellos no-conformistas franceses de la revista L'Esprit, que resaltaban la importancia de los cuerpos intermedios de la sociedad, frente a los partidos políticos y también frente a la moda del partido único. Pero, tal como están las cosas, soy consciente de que estas líneas de hoy suponen un brindis al sol; no por ello, muchos ciudadanos españoles, y del resto de Europa, están llegando a la conclusión de que los organicistas sociales de la historia tenían razón. Habrá que repetir, lamentablemente, aquella queja de Emmanuel Mounier en su época: A nuestra manera decimos a los políticos: nuestro reino no es de este mundo.

3

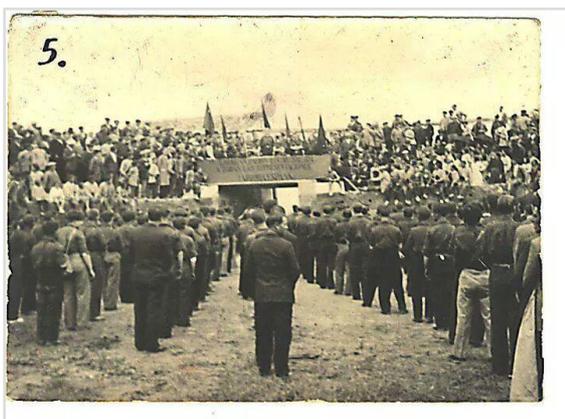
32 días de otoño

Carlos León Roch

Son los días que hay entre el 29 de octubre y el de 20 Noviembre. Desde hace decenios los pocos "inasequibles al desaliento" que mantenemos viva –ardiente- la llama del pensamiento y la exigencia joseantoniana, realizamos nuestra particular y ensoñada cuarentena.

Desde el “presentimiento del amanecer en la alegría de nuestras entrañas”, últimas palabras del discurso fundacional, el 29 de octubre, a la emoción de “oir” sus últimas palabras de “que sea la suya la última sangre vertida en disputas civiles”, del día de su fusilamiento, sus seguidores, ochenta años después, generación tras generación continuamos – al menos estos 32 días- adivinando ese mundo visto con

los dos ojos bien abiertos simultáneamente a la Patria y a la Justicia; a la paz y al honor; al Trabajo como máximo título de dignidad; a la Unidad y a la Libertad de la patria... a esforzarnos a entender cómo amarla “porque” no nos gusta... A creer en verdades reveladas, en verdades absolutas, ajenas al recuento de votos. A consolarnos al pensar que solo doce consiguieron extender el Amor como el arma decisiva. A continuar esforzándonos en ser una voz clamando en el desierto.



Y cuando llegue el 21 de noviembre volveremos a nuestros pequeños cuarteles de invierno -ya apenas garitas- a nuestras ocupaciones habituales, a nuestros hijos, nietos, a nuestro futbol... Pero mientras en cualquier época, en cualquier librería esté –polvoriento- el pensamiento joseantoniano habrá un viejo, un joven, descubriendo una maravillosa manera de vivir, o hasta de morir.

4

La cara y la máscara

José M^a Ramirez Asencio

Que el autor de la trilogía que compone “Los Gozos y las sombras” es uno de los mejores novelistas españoles del siglo XX es un hecho indudable. Que era un hombre imperfecto, como todos, también.

A Torrente Ballester le hubiera gustado ser como el Juan Aldán de la familia de los “Churruchaos”, y tener la honestidad, la coherencia, el espíritu revolucionario que tiene Aldán amen de su implicación generosa y arriesgada a la hora de defender los intereses del pueblo, en este caso los de los pescadores frente a la propietaria de los barcos o recursos de producción del pueblo, la doña Mariana Sarmiento de la obra. Pero en cambio se asemeja más a otro Churruchao, al protagonista de la historia, Carlos Deza, portador de una duda perenne. Porque Torrente, a pesar de sus

afirmaciones, nunca fue una persona segura y durante toda su vida dudó de sí mismo y de sus propias convicciones.

Muchos años antes de la publicación de su obra más conocida, Torrente Ballester había escrito la primera de las suyas. Corría el año 1942 cuando la finalizó, aunque no se publicó hasta diciembre de 1943. En plena posguerra civil.



Como dice el propio Torrente Ballester en la nota breve escrita a propósito de una reedición de 1985, “veinte días pasados de su aparición, el diez de enero de 1944, los ejemplares existentes en las librerías fueron retirados, y la editorial recibió orden de almacenarla. Mi carrera de novelista comenzaba con un tropezón importante”.

Esa novela de juventud era “Javier Mariño” que dedicó en su primera edición a Dionisio Ridruejo y que, muchos años después, en su reedición seguía dedicándole al camisa vieja de Falange y responsable de Propaganda del bando nacional durante la guerra civil, con estas palabras: “A Dionisio Ridruejo, cuarenta años después, y como siempre. Ahora, a tu recuerdo. GONZALO”.

Es curioso observar el destino paralelo de dos obras nítidamente falangistas, una en el cine y la otra en la literatura. Porque si la película considerada casi unánimemente como “la película” falangista por antonomasia, “Rojo y Negro”, de Carlos Arévalo, fue retirada de los cines al poco tiempo de su estreno y se trata de una película maldita y cuyo visionado ha sido durante años imposible, la novela de Torrente Ballester corrió la misma suerte en su publicación y se convirtió en una obra semioculta, prácticamente desconocida para casi todo el mundo, aún muchos de los más interesados en la obra del escritor gallego.

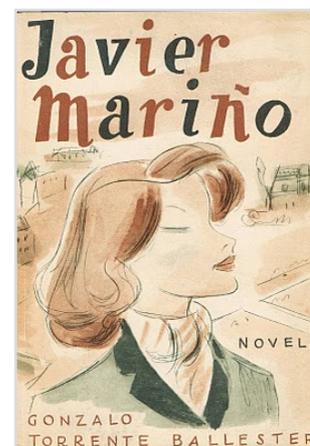
Y ello a pesar de que el autor en aquel entonces novel, deseoso de publicar por vez primera, se plegó a las “indicaciones” de la censura en varias ocasiones, las fundamentales añadir el subtítulo “Historia de una conversión” y la modificación radical del final que pretendió dar a la novela, que originalmente acababa con Javier marchando a Argentina y el suicidio de Magdalena, un final nada edificante a los ojos de la censura del momento, a la que tampoco gustó la crudeza con que se abordaba la relación sexual de la pareja.

Cuando se publicó la novela en 1976 dentro del primer tomo de las Obras Completas del escritor, y aunque este dice que su propósito era publicar el texto

escrito en el 43 sin variaciones, puesto que este, según añade “hace muchos años que no existe”, esta aparece, digamos, “retocada”, aunque el autor arguye “me limité a extraer algunos fragmentos que el texto, por si mismo, expulsaba de su cuerpo, y añadirlos como apéndices”.

Pero es que, en otra reedición, la realizada para Seix Barral en 1985, dice que “ha peinado el texto existente en varios párrafos, expresiones e incluso palabras sueltas que considero innecesarios; añadí una ligera manipulación de las últimas páginas, que me permitió, creo, darle al desenlace una mayor verosimilitud por el mero procedimiento de “humanizar” las razones que mueven, finalmente, al personaje. Deseo haber acertado.”

De esta manera, la que José Carlos Mainer considera la novela más fascista de todas, señalando su inspiración en el espíritu de la del escritor francés Drieu la Rochelle, “Gilles”, a la que muchos llamaron “una parábola fascista”, y que incluyó en su “Falange y literatura” dentro del apartado que engloba como “la crisis espiritual”, pasó a ser como un testigo mudo y posiblemente incomodo de uno de esos “cadáveres” (como califica Ballester a los diferentes estadios de la vida) que fue dejando en el camino el escritor. Y así, el novelista gallego construye todo un discurso posterior en defensa propia espoleado por el espectro juvenil falangista.



Porque el Javier Mariño de la novela es, en buena parte, Torrente Ballester, del cual, no sabemos a ciencia cierta si por conveniencia o convicción, este reniega al pasar a otra fase de su vida, la de escritor consagrado y de éxito. De hecho llega a comentar, en 1977, demostrando su antipatía, una vez más desconocemos si forzada o voluntaria, al personaje: “Hoy sigue pareciéndome un imbécil, y con este calificativo intento salvarlo en cierto modo, porque peor sería dejarlo reducido a lo que en realidad es, un farsante”

En la novela Javier Mariño se presenta desde el principio como un hombre con un afán: ser un hombre de acción. Un muchacho de la burguesía gallega que, en el verano de 1936, en vísperas del inicio de la guerra civil, abandona Madrid en un tren y se establece una temporada en París. Allí entra en contacto con el ambiente variopinto de estudiantes extranjeros, vividores, aristócratas, prostitutas, sodomitas... todo ello mezclado con las luchas políticas del momento. Conoce allí a Magdalena de Hauteville, de extracción aristocrática y militante comunista, de la que se enamora porque le recuerda a Greta Garbo, Katharine Hepburn y Joan Crawford (“como las tres, no era hermosa y como ellas le venía el encanto del alma que, a veces a su pesar, revelaban las facciones, y no de las facciones mismas”). Curiosamente también en esto

se da una coincidencia con la película Rojo y Negro ya que los miembros de la pareja protagonista pertenecen cada uno a uno de los dos bandos políticos enfrentados en la guerra.

Después de una temporada en la capital francesa, durante la cual estalla la Guerra Civil, decide marcharse a las Américas para fundar una nueva ciudad, pero finalmente cambia de actitud y regresa a España para apoyar a los nacionales. El propio Torrente Ballester estaba en París cuando se produjo el alzamiento, hacia donde marchó el mismo día de la muerte de Calvo Sotelo, y volvió a Galicia donde estaban su mujer y sus hijos.

Javier Mariño no aparece retratado exactamente como un luchador de ideología falangista. Es más bien un tipo acomodaticio, dotado de cierto cinismo que disimula sus auténticos pensamientos. Es un anticomunista visceral al que vemos reaccionar en ciertos momentos enfrentándose en solitario a las deformaciones de los discursos panfletarios de los correligionarios que apoyan a los republicanos españoles. Se trata esencialmente de un personaje atormentado por el remordimiento del pecado y la traición a sus convicciones morales y religiosas (Magdalena ha tenido un amante antes de conocerlo y no es virgen, por lo que él se niega a pedirla en matrimonio). Algunas frases de Javier acerca de cómo imagina la España de postguerra traslucen, posiblemente, el auténtico pensamiento escéptico y la desilusión del protagonista: “Nada habrá cambiado, porque en España nada cambia esencialmente, y sus hazañas y sus gestos quedan en la mitad. Es inútil pelear. Todo es lo mismo...”.

Al sufrir numerosos cortes de censura Torrente Ballester cambió el final americano por otro, donde regresaba acompañado de Magdalena embarazada, a su Vigo natal, a su patria, para ponerse el uniforme y partir para las trincheras. El último párrafo de la novela, en su redacción inicial, rezaba así: “Podía morir; pero si no moría, su vida estaba definitivamente ligada a la de España y a la de Europa. Ya no era dueño de sí, ni podía disponer su vida de acuerdo con su voluntad. La historia se calzaba coturnos de tragedia y por encima de los hombres lanzaba sus gemidos”.

Muchos años después de escribir esta novela los intelectuales progresistas de la izquierda española dieron un homenaje a Gonzalo Torrente en el Ateneo madrileño. A cambio, le conminaron a que retirase de Javier Mariño aquellas descripciones que consideraban “maniqueas”, y también frases nada agradables de los retratos que hacía de la izquierda y la burguesía francesa (repugnantes, sodomitas, avaros, bestias, momia asquerosa de Lenin...) y que calificaron como “profranquistas”. Con una actitud que le honra Gonzalo Torrente se negó rotundamente a quitar una sola línea de su novela.

Sin embargo, sí que alteró para las reediciones de los años setenta y ochenta, aspectos importantes, si no fundamentales, del carácter de su protagonista, cambiando por ejemplo el grito “Arriba España” por el de “Viva España” o directamente eliminando de un plumazo ciertos comentarios y pensamientos del protagonista que bajo el prisma del nuevo Ballester podrían considerarse elitistas (“huele mal la multitud, su contacto me asquea y a ti te mancha”) o racistas (en la Ciudad Universitaria advierte “jetas negroides” y pelea con unos americanos que le parecen “un pueblo de salvajes que aprendieron a conducir automóvil”). Su primer amigo, el comunista cubano Carlos Bernárdez, es un “rufián consumado”, mientras que su compañera Irene es rusa, procaz, cínica y propietaria de un “desnudo blanquecino y maloliente”, “grandota y mantecosa”).

Torrente Ballester sintió pronto una fuerte fascinación por el falangismo tal como lo predicaba José Antonio Primo de Rivera, reforzada por su estrecha amistad con Pedro Laín Entralgo, Dionisio Ridruejo y el llamado «Grupo de Burgos», que tendría como órgano de expresión la revista Escorial. En aquel momento era tan explícita su hostilidad al liberalismo y a la democracia parlamentaria como su convicción de que el auténtico falangismo implicaba un gobierno totalitario, nacionalista e incluso imperialista, que articulase la grandeza de España con la reforma agraria, la política social y la nacionalización de la banca.

Todas estas ilusiones tuvieron sus primeros desencuentros cuando, ganada la guerra civil por el bando nacional y encumbrado Franco a su carácter de Generalísimo, este publicó el decreto de unificación de falangistas y requetés, a quienes los joseantonianos despreciaban por conservadores reaccionarios. Desde el fusilamiento de Primo de Rivera en Alicante se fue evidenciando la distancia entre la construcción de la dictadura franquista y las ilusiones de los «camisas viejas». La ruptura se consumó con la destitución de Serrano Suñer (que daba apoyo a los falangistas) y el giro ideológico de la revista Escorial. A partir de ahí se inició un largo proceso de reflexión en el que Dionisio Ridruejo, primero, y sus compañeros, después, sin abandonar sus creencias profundas de tipo socialista y cristiano, fueron alejándose de la ideología que les había llevado a identificarse con el fascismo y acabaron transformados en auténticos demócratas liberales durante la segunda mitad del siglo XX.

En textos iniciáticos Torrente Ballester expresó prontamente la oposición entre las figuras de José Antonio Primo de Rivera y Francisco Franco, ensalzando al



primero y burlándose del segundo mediante artificios literarios que fueron capaces de esquivar la vigilancia de los censores.

Las circunstancias históricas que a Torrente le tocó vivir le mostraron la progresiva construcción de un doble mito histórico, desde su inicio hasta el final: Franco y José Antonio Primo de Rivera. Ambos mitos fueron creados de forma paralela, como si fuesen complementarios; pero sus constructores no lograron ocultar la profunda diferencia entre ellos. La propaganda y el poder no pudieron nunca con la fuerza y la verdad de las palabras y la vida de “El Ausente”.

Mediada la década de los ochenta, Torrente todavía aseguraba que la personalidad de Franco era bastante desconocida, que se sabía lo que había hecho, pero se desconocían las razones íntimas que le habían empujado a hacerlo. Eso suele acontecer, pensaba él, cuando se intenta mitificar a un hombre vivo, como se hizo en este caso; como hizo, hasta cierto punto, personalmente, el mismo Franco.

Su mitificación tenía aspectos peculiares que la singularizaban: un general victorioso frente al que aparecía el otro mito, el de un civil, el Ausente, ejecutado por los republicanos. Uno había dirigido la estrategia militar, pero el Otro había elaborado la doctrina que pretendía purificar revolucionariamente el país. Torrente decía que la originalidad de la operación mitificadora, intensificada desde el fusilamiento de Primo de Rivera, fue que se utilizase a un político muerto para potenciar la imagen de un dictador vivo: “Había como una especie de celos disimulados, aunque explicables, ya que se configuraba un personaje que él, el general, no podría ser jamás. Y más curioso aún es el que haya consistido esta rivalidad en una guerra casi estrictamente literaria, con algunas interpolaciones plásticas. Mejor literatura al servicio de Primo de Rivera, peor al servicio de Franco, de lo cual se puede deducir lo escasamente efectiva que es la poesía cuando frente a ella se alza una realidad interesada y triunfante. Es también muy notable el que, en el mito de José Antonio, abunden los elementos eróticos, aunque no expresos, de los que carece en absoluto el del general Franco. Las mujeres que habían sido novias, amigas o simples aventuras de un día, de Primo de Rivera, pasaban como revestidas de un aura fascinante, pero no se señaló jamás mujer alguna que se hubiera relacionado amorosamente con el general. Éste en cambio, tuvo mejor fortuna filosófica. Su “caudillaje” fue teorizado en términos de filosofía alemana, y no una sola vez. Pero tal género de pensamiento y las afirmaciones que contenía no alcanzaron nunca la popularidad”.

Durante la guerra e inmediatamente después, Torrente y el resto de los auténticos fieles al pensamiento de José Antonio Primo de Rivera empezaron a distanciarse de una mayoría, encabezada por el propio Franco, que adoptaba la estética

falangista, cogía las partes que les convenían de su ideario y los restos de su organización y acababan poniéndolo todo al servicio de sus propios intereses.

Este Torrente Ballester fascinado por el falangismo, y, particularmente, por la figura de José Antonio, que luego devendría en falangista antifranquista, es el que escribe Javier Mariño en el año 42, un Javier Mariño que se transformó en ese testigo mudo del cadáver del alter ego falangista juvenil del cual se enconde y defiende el autor consagrado durante buena parte del resto de su vida.

Pero...¿cuál era en realidad la verdadera cara y cual la máscara del magistral autor de “Los Gozos y las Sombras”

5

Mil veces: ¡Fuera las manos de José Antonio!

José Julio Cuevas Muela

1. Introducción y declaración de intenciones.

Muchos, en este mismo instante, os estaréis preguntando a qué evoca el título de este artículo que, os adelanto, no es solo justiciero en su forma sino en su esencia. Ello es, ni más ni menos, que una forma de que, sobre todo, los “demonios”, –permítanme hacer uso, por esta vez, de esta categoría teológica para seres que no creen en nada material, sino en la pura metafísica a la que desgastan desde referencias huecas dentro de una realidad paralela con la existente– se agolpen encendidos mirando con inquina los párrafos que a continuación expondré para que no ensombrezcan con sus cuernos, no mancillen con su oportunismo y no deformen con sus caricaturas parcializadas a José Antonio Primo de Rivera.

Tómese esta parrafada como una deuda moral con el hombre que lo encabeza, que determinó en gran parte lo que fui y lo que sigo siendo aunque con un viraje un tanto distinto que ha puesto tierra de por medio para defender la autenticidad de un pensamiento político que está siendo vilipendiado por sus supuestos “defensores” que tan solo han demostrado ser los que más lo han deformado con sus simplonas interpretaciones que han alimentado tópicos, ignorando una realidad política que se les queda grande. Seres incrustados en naftalina caducada conviviendo en armonía con cierto aire de ermita poco ventilada.

Mi criterio se asienta sobre una parcialidad que se alinea con el pensador en cuestión frente a su falseamiento continuo que lo convierte en una plastilina que puede

encajar en cualquier recipiente donde se ponga. Es decir, una figura que se puede utilizar para justificar o nutrir posiciones, no ya anacrónicas, sino contrapuestas, dentro de un moldeamiento constante en función de la necesidad imperiosa de los modeladores que acuden a un lugar u otro de las Obras Completas (1) para quedarse con el José Antonio que más les gusta o les conviene (2), no asimilando la evolución ideológica en su totalidad

Algunos (3) se estarán preguntando en qué otro lugar vieron el título de esta hoja digital. Amablemente yo os acompañaré hacia su origen, que no es mío, sino del exmilitante de FEJONS (Auténtica), –miembro de su Junta Nacional y después militante del radicalismo peronista en su exilio a Argentina (4)–, Emilio Javier Iglesias Pérez, con el que encabezó un artículo (5) en 1979 que, en esencia, es la base del que se está redactando en este momento. Javier, como yo y otros tantos, fuimos conscientes (6) de la total y absoluta deformación a la que sometían entre los *hunos* y los *hotros* (7) a un José Antonio que sirvió –y sirve–, después de muerto, para un roto y un descosido.

Dicha desfiguración se lleva cometiendo 84 años, desde 1936 a 2020 (y lo que queda de siglo) por todo tipo de personas, personajes y personajillos de lo más variopintos que van desde el “neófito azul” que habla más de lo que sabe; el “enterao” que cree que con dos obras hagiográficas lo sabe todo; el que ha conocido a José Antonio a través del franquismo (8); el que es incapaz de analizar a José Antonio en su totalidad y contextualizarlo o el ciego que se deja guiar por los libros de texto del sistema educativo y los tópicos que circulan por la sociedad española. También están los “intelectuales” –una palabra que provoca cada vez mayor hastío en quienes observamos el poco criterio que se tiene para catalogar como tal a cualquier juntaletras patrio– de nuestro tiempo, que enturbian sus potajes con un fuerte aderezo negrolegendario que ya se vuelve monotemático, invocando el S. XX con los cuentos de oídas que pululan por pueblos sobreañadiendo ese hedor petulante creado por el autoconvencimiento de que escribir negro sobre blanco otorga un nivel superior, pasando por encima del análisis histórico.

Las verdades ácidas –para el que sienta acidez por las mismas– suelen ser las más efectivas en estos casos como terapia de shock. Es hora de eliminar nociones falsas que llevan enclaustradas muchos años y no hacen más que infectar a quienes, novedosamente, se acercan con interés a conocer al «Señorito Bolchevique» –como le llamaban las derechas en el parlamento gaditano por defender los intereses de los campesinos españoles– desde todos los rincones de la edad.

Por supuesto, adelanto, que este artículo está incompleto y será ampliado a medio plazo debido a que este humilde medio no se puede permitir algo tan extenso. Procuraré ser telegráfico para con esta materia y afinar el interés que pueda suscitar.

2. La causa.

Como toda cuestión que desemboca en una problemática, tiene un núcleo que determina el origen de la misma y puede señalarse posibles soluciones –en el hipotético caso de que la haya– aunque ello acarree derrumbamientos de quienes no lo conciban como tal.

Quien sepa un poco sobre la muerte de José Antonio sabrá que fue fusilado a manos de las izquierdas del Frente Popular en Alicante la madrugada del viernes 20 de noviembre de 1936. Pero no quedó todo ahí ya que, posteriormente, fue sometido a otro fusilamiento, pero esta vez fueron las derechas las que apretaron el gatillo en el franquismo (9). Enrique de Aguinaga relata sin fisuras este hecho –donde lo sintetiza con un concepto contundente– que rompe todo esquema esbozado anteriormente:

“Como dijo José Antonio, como dijo José Antonio... ha sido la muletilla de una época al mismo tiempo que los sucesos de esa época en un nuevo fusilamiento sin pólvora, han ido haciendo de José Antonio un contemporáneo desconocido (...) José Antonio es un desconocido como resultado de una confabulación, de aquel fusilamiento sin pólvora que ha consistido en enseñar de él sólo aspectos no esenciales. En tal manipulación no han sido ajenos, seguramente de buena fe, presuntos y calificados seguidores de José Antonio, pero en la búsqueda de la autoría global de este fusilamiento ideológico domina el papel de la derecha”. (10)

Esta metafórica ejecución fue el germen de la deformación que hizo del Jefe Nacional de Falange un ser completamente despojado de contenido político para que encajara en los resortes coreográficos del Régimen franquista y se alzara como un mártir que encarnaba la España vencedora de 1939. A ello contribuyó la construcción del mito del “Ausente” realizada por Dionisio Ridruejo, que perjudicó gravemente la imagen de un hombre a través de su visión poco menos que celestial, pura e incorruptible, desviando su visión política hacia un segundo plano y cubriendo todo lo que le rodeaba de un manto aureolar.

La invocación de su Doctrina en todos los rincones de España se hacía con un fin de pacificación y esperanza social, instrumentalizándola sociológicamente pero no aplicándola políticamente. Un soporte ideológico que estaba viciado en su génesis, pues se mostraron y alzaron los detalles más indefensos del pensamiento joseantoniano para con el Régimen, que no eran una amenaza para la restauración del orden conservador, como apuntaba Juan Velarde Fuertes:

“Y entonces, en lugar de la reforma agraria, fiscal y bancaria, se nos habló de luceros, de imperio y de retórica, narcótico de la doctrina. Todo quedó en discursos adulterados

y al final nos quedamos sin bandera. La derecha, la extrema derecha y los conservadores habían ganado la batalla”. (11)

En resumidas cuentas, las ideas esenciales de José Antonio fueron canceladas y ocultadas porque suponían un antagonismo con el régimen político que se estaba gestando al calor de clericalismo, el conservadurismo y, sobre todo, con el nuevo viraje geopolítico anglosajón impulsado por los tecnócratas del Opus Dei. Esas ideas quedaron totalmente enterradas, como la reforma de la empresa; la articulación de la economía en sindicatos verticales (12) donde la plusvalía quedaría atribuida al sindicato productor pertinente; la nueva concepción de la propiedad dividida en individual, comunal, municipal, sindical y nacional; el desmontaje del capitalismo en sus pilares agrario, industrial y financiero; nacionalización de la banca y el crédito; desarticulación de la sociedad de clases sociales en su acepción capitalista –inspirada, les guste o no, por la teoría marxista de la que bebió–; las necesarias expropiaciones de minifundios y latifundios en beneficio de los campesinos para su explotación colectiva; la defensa de un sindicato de clase en el marco económico capitalista; la separación de Estado e Iglesia.. y un largo etcétera.

A este respecto, la feminista y falangista Mercedes Formica Corsi-Hezode (13), tras ser testigo de la llegada de los «convertos» (14) a la Falange tras el estallido de la guerra, pensó –adelantándose a los acontecimientos en el contexto de 1936 (15) y tras conocer el fusilamiento de José Antonio– en torno a la disolución de la Falange pues estaba el peligro de que alguien se apropiase de unas ideas en proceso de fermentación y las adulterara para canalizarlas en beneficio de intereses particulares..

“Los recién llegados y convertos se erigieron en representantes de algo que no sentían, siendo la intolerancia su nota distintiva (...) La película *Morir en Madrid*, que vi por primera vez en Zurich, en 1966, silencia a los grupos minoritarios y desinteresados de la primera época, identificándolos con la masa amorfa, surgida cuando el asesinato de José Antonio se había consumado. Treinta años después, González Bueno, ministro del primer gobierno de Franco y permanente «camisa azul», se jactaba, en un hotel de Santander de haber ideado el exterminio de la Falange joseantoniana, con la fórmula de la unificación”. (16)

En conexión con las palabras de Mercedes Formica insertamos a continuación este subrayado de la escritora Rosario Ruiz Franco acerca de lo que aconteció en las filas azules que determinaron una parte de su leyenda –sociológicamente asentada– que aún arrastra, pero por motivos que explicaremos más adelante.

“(…) un albondigón en el que hubo muchos convertos que para salvarse hicieron méritos muy crueles. Antes de la contienda los seguidores de José Antonio éramos poquísimos (...) (17).

Está de más, pero lo haremos, mencionar lo tan asentada que está entre la sociedad española la imagen de los “camisas azules” como ejecutores y protagonistas de los famosos paseillos, durante la guerra civil española, que finalizaban con varias personas fusiladas frente a una tapia por motivos relacionados con la ideología política como justificación suficiente para arrancarle la vida a una persona. No debemos dejar pasar el contexto, repartido en espacio y tiempo, en que ocurrieron esas atrocidades que, por cierto, se dieron en ambos bandos.

¹ Mutiladas y alteradas por el Régimen, como demostraron las que elaboró Rafael Ibáñez editadas por la Plataforma 2003 en dos tomos, que son las más completas que existen hasta la fecha.

² El José Antonio que desechan siempre es el de 1935 y 1936, donde alcanza su culmen ideológico que es en gran parte la negación de todo lo anterior.

³ Si superan las 5 personas que lo han reconocido quedará gratamente sorprendido.

⁴ Donde acabaría asesinado por la policía del presidente Carlos Saúl Menem y con un montaje policial *post mortem* para encubrir la atrocidad. El asesinato de Javier sigue archivado en lo más oscuro de una caja arrumbada en los departamentos judiciales y policiales argentinos.

⁵ Valencia Semanal, 94, 4/11 de diciembre de 1979. Extraído de “*Javier Iglesias: volveré y seré millones*” una compilación de textos de Javier Iglesias acompañada de unos párrafos iniciales de Juan Antonio Llopart y un texto de presentación de Javier Onrubia Rebuella, editado por Ediciones Nueva República y Movimiento Solidaridad con Argentina “Carlos Múgica” en 2007.

⁶ No os alborotéis, nació en 1995, pero mi identificación con Javier es total.

⁷ No he podido resistir este guiño al celeberrimo e hispánico Miguel de Unamuno.

⁸ Concretamente con ese absurdo libro que tanto daño ha hecho como es el de Ximénez de Sandoval “*José Antonio. Biografía apasionada*”, Ed. Juventud, 1941.

⁹ Entendida esta catalogación en su contexto y en su forma popular. Nosotros nos decantamos por el análisis filosófico materialista que hace Gustavo Bueno sobre Izquierdas y Derecha en sus dos libros: “*El mito de la izquierda*” (2006) y “*El mito de la derecha*” (2008).

¹⁰ Enrique de Aguinaga, “*También la derecha ha fusilado a José Antonio*”, Madrid, 4 de abril de 1974, pp. 4 y 5.

¹¹ Arnaud Imatz, “José Antonio: entre odio y amor”, Ed. Insólitas, pág. 50, 3ª edición, 2018. Es, a ciencia cierta, la mejor biografía de José Antonio Primo de Rivera y el Nacional-Sindicalismo, que no se para en la muerte del Jefe Nacional de FE de las JONS, sino que abarca hasta la Transición española de 1978.

¹² No confundir con el sindicato vertical franquista que no cumplía ni las mínimas características del propuesto por el N-S.

¹³ Falangista de primera hora y miembro de la Junta Política de Falange. Abogada, articulista, escritora premiada y pionera en la reforma del Código Civil, Código Penal, Código de Comercio y de la Ley de Enjuiciamiento el 24 de abril de 1958 en pro de la igualdad jurídica de la mujer. La derecha conservadora la apodó despectivamente Reformica, llegando a atacar sus artículos en ABC por su defensa a ultranza de los casos de violencia doméstica y la situación denigrante de las féminas en la sociedad de entonces. Hasta su muerte en 2002 encabezó infinidad de causas sociales en defensa de los más necesitados: jubilados, niños, mujeres víctimas de violación.. que acabaron en reformas necesarias en el marco jurídico. Fue la Agustina de Aragón del Código Civil, como la denominarían Laura Martín Jiménez y Gustavo Morales.

¹⁴ En su mayoría personas del ámbito conservador y derechista que se apuntaron a las filas azules por motivos que atañan a la supervivencia durante la guerra. Muchos de ellos fueron enemigos acérrimos de la formación falangista en los años que precedieron a la Guerra Civil española y los primeros que se encargaron de hacer auténticas atrocidades con la camisa azul durante la contienda.

¹⁵ En este año fueron asesinados todos los fundadores de FE de las JONS: Ramiro Ledesma Ramos, José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Onésimo Redondo Ortega. Un dato que ayuda a la comprensión de la facilidad con que se llevó ese trasvase de personas ajenas a la formación falangista.

¹⁶ VV.AA, “Un grito en el silencio. Homenaje a Mercedes Formica”, Ed. Barbarroja, pág. 64 y 65, 2015. Un libro que recomiendo encarecidamente, porque su lectura es de imperativo moral.

¹⁷ Rosario Ruiz Franco, “Mercedes Formica”, Ediciones del Orto, pág. 61, 1998.

6

Escuela desconcertada

Juan Manuel de Prada para ABC

La «ley Celáa» pretende reducir considerablemente las plazas en los colegios concertados; o sea, lograr mediante una progresiva asfixia económica la consunción de la escuela católica, que –en lo que aún tenga de católica– es la que la ideología sistémica considera peligrosa (pues al fondo de toda esta operación resplandece el azufroso odium fidei). Pero la escuela católica muere «por do más pecado había». Pues su calculada destrucción se inició hace ya cuarenta años, mediante la imposición de un



régimen de conciertos, que fue la modalidad desoborno empleada para desvirtuarla. Gramsci nos enseña que, para alcanzar la hegemonía cultural, conviene primeramente debilitar las corrientes culturales adversas, para después imponerse sobre ellas. La escuela católica, hace cuarenta años, era todavía una fortaleza inexpugnable que no podía ser demolida de la noche a la mañana; pues, aunque ya muy debilitada, todavía

subsistía una Iglesia con presencia actuante sobre las conciencias y sobre las instituciones sociales. Así, siguiendo el manual de instrucciones gramscianas para la construcción de identidades colectivas, se urdió una demolición progresiva, a modo de lenta carcoma, que domesticase a la escuela católica y propiciase su paulatina desnaturalización, mediante la intromisión sibilina en el ideario de los centros.

La escuela católica cayó en aquella trampa taimada. Poco a poco, para justificar su existencia y asegurarse el régimen de conciertos, la escuela católica tuvo que invocar la «demanda social», o el «ahorro» que suponía para las arcas públicas, o sus resultados académicos; argumentos, en fin, grimosos y puramente utilitarios, que nada tenían que ver con su naturaleza originaria. Y, entretanto, la estrategia gramsciana de neutralización de una corriente cultural adversa iba rindiendo sus frutos: se reformateaba la concepción de la familia, se estimulaba la religión erótica que favorece la infecundidad, se formaban mentalidades cada vez más refractarias a la presencia actuante de la Iglesia, poco a poco convertida en una sal que se vuelve sosa. En este sentido, resulta sumamente instructivo comprobar que un gran número –tal

vez la mayoría— de líderes anticatólicos que durante las últimas décadas se han dedicado a combatir la identidad católica de España —en la política, en los medios de comunicación, en la cultura o en la empresa— se han formado en escuelas católicas.

Ahora, una vez domesticada la corriente cultural adversa, la ideología sistémica puede lanzarse sin rebozo al asalto de una fortaleza en ruinas. Y, siguiendo el manual de instrucciones gramscianas, se dispone a convertir (¡todavía más!) las escuelas en corru- torios oficiales, para que las nuevas generaciones sean plastilina dúctil en manos de los ingenieros sociales encargados de modelarlos según conviene a los aberrantes postula- dos sistémicos. Y, para distraer a los ilusos, se les arroja el macguffin de las «lenguas vehiculares», como si no se pudiese corromper en cualquier lengua.

7

Contra el Estado español

Sertorio para El Manifiesto

En el Estado español, según la ministra Celáa, el castellano va a dejar de ser lengua oficial y perderá su carácter «vehicular» en la educación. No podemos estar más de acuerdo: esa jerga funcionarial nunca ha sido nuestro idioma, pues siempre hemos hablado en español y no en castellano, al igual que unos pocos cientos de millones de hispanohablantes que habitan al otro lado del Atlántico. Ya era hora de que se hiciera justicia a los que hablamos español en la península, erróneamente identificados con los que parlotean el hasta ahora oficial castellano, una jerga de chupatintas donde se dice recepcionar en lugar de recibir, visualizar en lugar de ver y explosionar en lugar de explotar. Desde luego, semejante neolengua no debe ser vehicular, sino más bien «acemilar»; bástenos con ver cómo se realiza su aprendizaje, pues se obliga a los estudiantes a ejercerse en el castellano con dosis letales de la retorcida sintaxis de los gramáticos, cuyos alambicados análisis logran que el alumno sea incapaz de escribir una simple oración con sujeto, verbo y predicado. Por su misma enseñanza, el castellano difiere de la lengua española que estudiamos los chicos de mi generación, que la aprendimos a manejar correctamente leyendo textos y escribiendo dictados; quizá por esto último identifican el español nuestros políticos con la lengua de la dictadura.

Se comenta que la siguiente innovación interdisciplinar de los ministerios de Igualdad, Cultura, Universidades y Educación consiste en abolir la ortografía, pseudociencia elitista, discriminatoria y opresora; de esta manera se podrá escribir con plena libertad y sin coerciones, pudiendo cada cual expresarse sin temor a generar rechazo social. Por ejemplo: *El kasteyano sera una lengüha inklusiba, no*

diskriminatoria i avierta a la creatibidad de sus ablan- tes, sin hobligarles a zenyirse al llu- go helitista de las tildes, las bes i las ubes o las aches. Mientras no s'aiga terminaio la rreforma progra- má por los ministryos d'Edukasion i Igualdá, kada autonomiha rregulara su lenguha ofisial komo desida. Los sicopedagogos i linguystas konsultaos apollan acavar kon una sekular varrera diskriminatoria i ovsoleta.

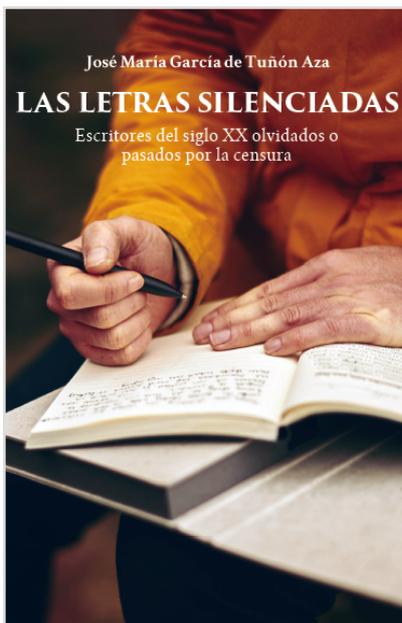
La evolución natural del castellano, la lengua del régimen, de la nomenclatura que nos gobierna, sin duda seguirá una evolución parecida, ya que la masa siempre tiende a imitar a las clases superiores. Un indicio de ello es que los alumnos de bachillerato podrán pasar de curso sin límite de suspensos; se suprime así otra injusta discriminación y nuestros jóvenes podrán emular la trayectoria vital del doctor Sánchez y la bachillera Lastra, pioneros en estos avances. Los logros pedagógicos de nuestro nuevo régimen son de una trascendencia universal; nunca se había visto nada semejante en el mundo civilizado.

Los hispanohablantes estamos marginados por un Estado que no reconoce la existencia de nuestro idioma y que persigue y pisotea nuestra lengua, cuando no se contenta con ignorar su prosodia. Como nacionalidad oprimida y colonia que somos de las regiones privilegiadas vasca y catalana, creo que ya es hora de que España pida su independencia del Estado español. La oficina de descolonización aún sigue abierta en la ONU.

8

Las Letras Silenciadas

Editorial Astigi



Letras silenciadas. Escritores del siglo XX olvidados o pasados por la censura

Autor: José María García de Tuñón Aza

Páginas: 392 . Precio 19,95 euros

www.editorialastigi.com

Serie de trabajos sobre distintos escritores del siglo XX, olvidados o censurados. Escrito por el presidente de la Fundación José Antonio. Prólogo de Manuel Parra Celaya.



Torbellino de luna entre las redes,
paraninfo mortal de las palmera;
gaviotas del mástil prisioneras,
súbita mas que las espumas cedés.

¡Oh litoral! Tu soledad concedes
a quien angustia con la suya, enteras,
tiernas falanges, pubertades fieras,
entre el cañón y el olivar paredes.

Antes de huir a la estrellada cita,
por tu pulso arrancada de lo inerte
la brisa retorcióse, manuscrita.

Ya hasta el final, mientras mi noche dura,
si puso Dios palmeras en tu muerte
circundara cipreses mi ventura.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com